

11

**CERTAMEN LITERARIO**  
**CODIFIVA**

---

**-2023-**

**‘Vidas Singulares’**

Título:

**‘EXPERIENCIA DIEZ’**

Pseudónimo:

**‘Papavullpa’**

Unas amigas me pasaron el contacto de una oferta de trabajo. La experiencia prometía: diez días de monitor de campamento de verano para hacer uso de los conocimientos como *tasoc*: el título oficial de Técnico en Animación Sociocultural que obtuve y ya me había servido otras veces para acceder a faenas eventuales en residencias de la tercera edad, laboreando en compañías de teatro, trabajando en una biblioteca pública o en el universo intrincado del departamento de cultura y juventud de algún ayuntamiento. Todo sería, preveía, como unas merecidas vacaciones que me permitirían salir de la rutina y relacionarme con otras personas, con tiempo para reír, aprender y divertirme, conversar y forjar amistades.

Mandé el currículum vitae por correo electrónico y pronto obtuve la respuesta que me confirmaba que reunía los requisitos y mi perfil se adaptaba a la persona que buscaban. Claro que la empresa me exigía la incorporación inmediata, ¡ya!, a menos de dos días del comienzo del campamento, sin que pudiera asistir a reuniones explicativas, de organización grupal y presentación, que me diera algún tipo de noción o idea. Acepté el reto, pues, a pesar que conocía poco o nada sobre el campamento al que me dirigía, con un teléfono particular de una tal M.<sup>a</sup> Carmen: la coordinadora de monitores, y un lugar y punto de encuentro en Valencia.

Me puse en contacto telefónico con la coordinadora, la cual catalogué en un primer momento, por su tono de voz grave y exasperante, como toda una ‘sargento de hierro’. Hice de tripas corazón oyendo sus instrucciones de alto mando, pues ciertamente no era una eternidad de trabajo en las minas de carbón, litio o coltán, a la cual me enfrentaba, sino a un campamento organizado de diez días en el municipio de Biar, provincia de Alicante, España.

Preparé la mochila de viaje y cargué la guitarra, un libro y una esterilla para hacer yoga. Me despedí de la familia: mis padres, hermanos, mujer e hija, con la confianza de quien se embarca en una gran aventura e intuyendo que la experiencia sería intensa y enriquecedora.

En el punto de encuentro conocí en persona a la coordinadora, M.<sup>a</sup> Carmen, y también a otr@s monitor@s y compañer@s. Subimos al autobús y recorrimos la capital del viejo Turia, con sus municipios aledaños y barriadas, para recoger a los usuarios, repartidos en diferentes centros del IVASS (Instituto Valenciano de Acción Socio-Sanitaria), y entonces descubrí, con estupor y sorpresa, que los usuarios no eran niños ni adolescentes, sino gente adulta y consumada en edad, algunos muy dependientes y en sillas de ruedas, y además todos con el estigma definitorio y vejatorio de ‘retraso mental’, o ‘mal de la cabeza’, que el tiempo, la experiencia y el deambular por la vida te hace reconocer como ‘diversidad funcional’.

Fuimos presentándonos los monitores y conociendo a “nuestros” usuario, *algunos auténticos niños en su comportamiento, juzgué entonces, otros más reservados y callados, o incluso exigentes*. Ante el súbito encontronazo con la realidad del colectivo, pensé en la peor

de las posibilidades, que no era otra que enfrentarme a mis propios miedos de tener que limpiar babas y cambiar pañales, pero rechacé esa opción, tácitamente, tachándola de absurda -o en todo caso de muy poco probable-, pues estaba convencido que mi formación *tasoc* me eximía de esos menesteres sucios, más propios de auxiliares de enfermería.

Sin embargo, pronto comprendí que el título de *tasoc* no me salvaría de enfrentarme a mis propias fobias, complejos y prejuicios -para así quizás tener la gran suerte de entenderlos y superarlos-, y lo descubrí durante el trayecto en autobús hasta el albergue de Biar, tras enterarme que la única auxiliar de enfermería del grupo se dedicaría única y exclusivamente a suministrar medicamentos y no a los cuidados paliativos de atender las necesidades básicas de los usuarios. Ocho monitores, junto a la coordinadora M.<sup>a</sup> Carmen, componíamos el equipo que debía de hacerse cargo de los más de veinte usuarios del IVASS, y también de mantener limpias las instalaciones y tener en perfecto orden los suministros médicos.

Me derrumbé el primer día de trabajo, lo reconozco, y el hecho de ver las instalaciones del albergue no ayudó en nada para mitigar mi desasosiego. Recorrí el establecimiento rural en el cual debíamos convivir durante diez días y sentí auténtico vértigo, o pavor, o pánico, o terror, e indignación también, al ver los aseos y duchas sin papel higiénico ni toallas, con paredes tan enjutas que hacía del todo inviable el paso de sillas de ruedas, y menos aún el giro y maniobra de la grúa que llevábamos con nosotros; me encontré con habitaciones atestadas de viejas y destartaladas literas, donde los usuarios se apelmazaban todos reunidos y se rascaban la cabeza y la espalda con tornillos que sobresalían; observé un patio con escaleras y sin rampas adaptadas que facilitaran el acceso y hasta instalaciones eléctricas con cables sueltos donde la propia coordinadora casi se electrocuta al tratar de accionar el interruptor de su habitación compartida; el lugar contaba además con un largo y tétrico corredor, con luces amarillas de emergencia siempre encendidas, que parecía más el escenario de una película de terror, con un conserje a cargo de las instalaciones que no parecía hallarse en su mejor momento y demostraba muy pocas ganas de colaborar para facilitarnos jabón o papel de váter.

Únicamente una compañera del grupo contaba con algo de experiencia con ese colectivo. El resto éramos todos novatos en el campo de la “Salud Mental”. Luego de la primera reunión de monitores en el propio Biar, y de repasar las fichas médicas de los usuarios, me hundí en la desesperación, sin encontrar más auxilio ni salida al laberinto de Minos donde me sentía perdido que el llanto y el frágil consuelo que me brindó descubrir una foto de mi mujer e hija y una breve nota, muy emotiva, dentro de mi mochila y pertenencias.

Aquella resultó ser una jornada agotadora, caótica, cargada de trabajo y estrés, donde parecía faltarnos el aliento y manos para organizar el material y preparar las camas, atender

los reclamos y cubrir las necesidades básicas de los usuarios, corriendo de aquí para allá en una carrera frenética por llegar a todos lados y rogando para que el tiempo pasara rápido y la noche nos brindara un momento de descanso y respiro. Reconozco que nunca en mi vida me había encontrado en una situación tan al límite y estresante, que me exigiera tanto esfuerzo y atención como temple, en una labor conjunta para encontrar un equilibrio dentro del mayor caos conocido, imaginado y experimentado a lo largo de mis cuarenta años de existencia.

Esa noche, recuerdo, durante la segunda reunión de monitores, renuncié públicamente al trabajo. Lo hice exhausto, después de haberme sumergido en mis propios infiernos. Y tenía sólidos argumentos y justificación para formalizar mi renuncia, argumentando el hecho de lo mal remunerado que estaba el trabajo y las condiciones nefastas del albergue. Me mantuve firme en mi propósito de alejarme de la que sentía como la más grande de las locuras que, además, amenazaba con zozobrar mi salud física y mental. Sin embargo, me hacía cargo de la situación de absoluto derrumbe y también de mi responsabilidad y compromiso asumido -más allá del contrato firmado- con mis compañeros y usuarios, y propuse que me iría sólo cuando llegase la persona substituta, para evitar así que se acumulara más trabajo sobre otras espaldas, y supliqué entonces, mirando las estrellas y alto firmamento: *¡Pero que no tarde!*

M.<sup>a</sup> Carmen resultó no ser la sargento de hierro y jefa autoritaria que me atreví a catalogar en mis nubes tóxicas, sino toda una fiel compañera, no sólo implicada y entregada al 100% en el buen quehacer y la salud de los monitores y usuarios, o en sacar adelante el día a día, sino también puesta y bien dispuesta en hacer disfrutar al máximo de unas auténticas y merecidas vacaciones a las personas del colectivo. Todo se transformó maravillosamente después de la primera noche nefasta, plagada de oscuros presagios y miedos, donde sin poder conciliar el sueño opté por estar con dos compañeras en su turno de guardia, alimentando mis propios fantasmas que me hacían imaginar que, de un momento a otro, a través del largo pasillo bañado con luces de emergencia pudiese aparecer una silueta dándonos un buen susto.

*¿Cómo pudo cambiar tan dramático escenario de la noche a la mañana?*, todavía hoy me lo pregunto, pues tras la madrugada fatídica llegó la luz de la alborada y, de súbito, pasé de estar sumergido en el más profundo pozo oscuro... a sentir de forma diferente, extraña, como si el infierno se hubiese transformado en un jardín y Edén paradisiaco. Y no fui el único en sentir la súbita metamorfosis kafkiana, pues cada uno de mis compañeros, después de pasar por su infierno personal,... ¡abrazaron también la alegría y dicha más sublime!

Cada uno de los ocho monitores teníamos asignados de dos o tres usuarios, para vestirlos, ducharlos y asearlos, acompañarlos en las comidas y servirles como monitores de referencia y apoyo. Por las noches, después de la cena grupal, del aseo y de verlos acostarlos,

pasábamos a programar las actividades del día siguiente, durante unas madrugadas que se alargaban muchas veces hasta ver sonar las cuatro en el reloj, y donde el sueño y cansancio se hacían manifiesto, pero también la satisfacción de ver que el grupo funcionaba y que de algún modo todo iba saliendo ¡sobre ruedas!, dentro de las muchas probabilidades que las cosas se torciesen, como si un ángel nos protegiese de toda eventualidad, problema o accidente.

Ciertamente no fue un ángel, sino toda una corte celestial de ángeles la que veló para que todo fluyese como fluyó durante ese verano maravilloso: esos ángeles catalogados dentro de un colectivo... ¿vulnerable?, que son vidas singulares que nos enseñaron humanamente y nos sirvieron de maestros en cada momento, tiempo y lugar, durante los diez días que duró el campamento, pues cada uno de los usuarios nos mostró lo que es la verdadera vida vivida con autenticidad, gracias a su ejemplo e improvisación natural: gentes desinhibidas, transparentes y sin tantos rollos mentales como podemos tener los otros, los catalogadas como... ¿normales?

Fausto y Miguel Ángel eran los dos usuarios que me correspondieron: Fausto estaba limitado de movilidad en piernas y brazos, y gastaba silla de ruedas, mientras que Miguel Ángel era un joven con síndrome de Down. Recuerdo el primer abrazo de Fausto, joven de fuertes antebrazos, y el miedo que experimenté al verme rodeado por su ariete, sobre todo cuando sentí el recorrido de sus ‘mordisquitos’ por mi cuello. Claro que mis proyecciones mentales desaparecieron al segundo día, transformándose en sincero cariño, amor y afecto, pues Fausto tocó la fibra sensible de mi rudo corazón, y me hizo ver, ya sin velos, y sentir con amplio enfoque, que esa persona limitada de movilidad no estaba dispuesta a herirme mediante una dentellada feroz en el cuello, y quizás sí a mostrarme cómo romper mis propias cadenas, para ayudarme a vencer mis estigmas sociales y ganar en inclusión, pues con Fausto... ¡experimenté el amor más puro, fraternal y sincero!

Miguel Ángel era otro ser amoroso que sabía expresarse con gestos más que en palabras, enseñándome lo mucho que se quería cuando quizás yo me ofrecía a darle un masaje en las manos y él me brindaba los pies descalzos, o cuando en la ducha desplegaba sus brazos, convertidos en poderosas alas de águila, que en vez de izar el vuelo hacia las nubes y montañas me trasmitía el mensaje que le fregara con esponja y jabón también las axilas.

Pronto me di cuenta que todos los usuarios nos aportaban, ¡y mucho!, pues en su forma particular de sentir y entender la vida se reflejaban nuestras carencias y deseos, miedos e ideas preconcebidas, como un perfecto espejo donde un@ puede reflejarse, aprender y superarse, para crecer y desarrollarse como verdadero ser humano, ¡y Ser Sintiente!, consciente de lo que hay y del lugar que cada un@ ocupa a cada instante y lo que atañe vivir en sociedad junto a otras vidas singulares y en esta... ¡Escuela de la Vida! Nos contagiamos

de la alegría exquisita de los Seres Sintientes hasta tal punto de formar un Todo indivisible y pasar a ser una auténtica familia: entregada en cuerpo, alma y corazón los unos a los otros para facilitarnos el libre deambular por la vida y hacer de ese tiempo... ¡una experiencia diez!

Con la furgoneta nos trasladábamos hasta pueblos y ciudades aledañas, para disfrutar de los paseos, ir de compras, tomar refrescos e interactuar con los lugareños, muchos muy sensibilizados y correspondientes. Fuimos a misa vistiendo los ricos colores del arco iris, ¡sin complejos!, con los cabellos decorados con coletas multicolores; organizamos picnics en el campo, y también una inolvidable excursión a un cine, para ver: “El hotel Transilvania 3: monstruos en vacaciones”, que nos hizo disfrutar y reír acompañados de refrescos y helados.

La primera noche lloraba por volver a casa y la última lloré por tener que regresar, rompiendo por fin con la dualidad y entendiendo esa gran verdad que me hace sentir hoy, más que nunca, que siempre estoy en casa, bien cuidado y bien querido por la ‘Gran Familia Humana’, en todo momento, situación y lugar, ya que allí donde marcha mi corazón atento y apasionado, despierto y alegre... ¡ahí está el hogar entrañable y verdadero!

El conserje también cambió de actitud y nos abrió las puertas de la piscina, por lo que pudimos disfrutar del baño refrescante, pues por encima de toda etiqueta éramos una familia de vidas singulares que funcionaba muy bien en su relación con el Universo. Incluso las instalaciones del albergue pasaron de no reunir las condiciones adecuadas a ser un lugar mágico donde cabía la improvisación, creatividad y deleite. El hecho de no tener sábanas, o ropa limpia, nos hizo ganar en ingenio y encontrar soluciones atípicas: como la de dejar nuestras sábanas y ropas a quienes más las necesitaban, pues la luz había llegado a nuestros corazones y nunca más habría oscuridad, sino... ¡noches repletas de constelaciones y astros!

El jefe de la empresa contratante nos visitó y no vio motivos para suspender el campamento o alarmarse, sino para felicitarnos, pues en privado nos dijo que aquel campamento estaba destinado al más rotundo fracaso, pues desde un primer momento faltó tiempo para organizarlo bien y planificar actividades. También llegaron los inspectores de sanidad –vestidos con bata blanca y subidos en sus ínfulas de clase dominante-, y tampoco encontraron motivos para cerrar el campamento o hacer informes desfavorables. Se pasearon por el albergue y se marcharon rápidamente, sin un hola afectuoso, sin que asomase entre sus facciones de piedra una sonrisa u observase una mínima intención de iniciar un diálogo.

Agradezco de corazón todo lo aprendido y desprendido en Biar: de contar con un@s compañer@s tan geniales y auténtic@s, el conocimiento y el amor recibido por parte de los ‘Grandes Maestr@s Supramentales’: vidas singulares y auténticas, con almas transparentes, que me colmaron de felicidad en esta vida que ahora siento... ¡como el más grande regalo!